

# PRÓLOGO A LA CRÓNICA DE LOS HEREJES ROMANOS

Sebastián Franck

## Introducción

Fuentes: Fast, *Linker Flügel*, pág. 219 y ss; Eberhard Teufel, *Landräumig*; Sebastián Franck, *Ein Wanderer an Donau, Rhein und Necker*, Neustadt an der Aisch, Degener, 1954.

*Nacido en Baviera en 1499, estudiante de la Universidad de Ingolstadt en 1514-1517, Sebastián Franck es consagrado sacerdote en 1524 y pasa rápidamente al luteranismo (1526). Contrae matrimonio en 1528 con la hermana de dos pintores no conformistas (discípulos del famoso pintor y grabador Durero) en Nuremberg. Desde 1529 se identifica como espiritualista. Encuentra refugio en Estrasburgo, donde se dedica a compilar su primera Crónica, volumen de más de mil páginas en folio, editado en Estrasburgo en 1531, a consecuencia de lo cual es desterrado de esta ciudad. Trabajando como jabonero, peregrina por Nuremberg, Basilea y otras ciudades. Su estadía más permanente la aprovecha trabajando como impresor en Ulm, editando sus propios libros. Preparó traducciones de obras clásicas, disputaciones sobre los sacramentos y crónicas enciclopédicas.*

*Como Schwenckfeld, al que conoció en Estrasburgo, Franck comparte con los anabaptistas el rechazo por la Reforma oficial. Difiere con aquél en que dicho rechazo se basa menos en la superficialidad espiritual del protestantismo oficial que en su fracaso moral. El primer*

*escrito de Franck fue un alegato contra la embriaguez (vicio que había resultado —según él— de la prédica luterana contra el moralismo católico) y en favor de la libertad de la fe.*

*Sin embargo, a diferencia de los anabaptistas, el remedio propuesto por Franck no es una reforma más radical en su renovación eclesiástica, sino el abandono de todo propósito en el nivel de las instituciones y el retiro a una tolerancia general, crítica pero paciente.*

*Difiere con Schwenckfeld en su orientación histórica, que expone en sus crónicas. Es el primer historiador de la época de la Reforma que ilumina toda la historia eclesiástica a la luz del esquema clave de la "caída de la Iglesia" entre la época apostólica y la de Constantino.*

## **A) PRÓLOGO DE SEBASTIÁN FRANCK, DE DONAUWORTH, A LA CRÓNICA DE LOS HEREJES ROMANOS <sup>1</sup>**

No debes creer, lector mío, que tengo por herejes a todos los que he enumerado aquí y he inscripto en el registro de herejes. El juicio expresado a lo largo de la crónica acerca de la fe no es mío sino del Papa, de los concilios y de sus seguidores, a [todos] los cuales colo-co aquí como jueces. Porque si yo hubiera de juzgar, quizás invirtiera el juego y canonizara e incluyera entre los santos a muchos de los que aquí son proclamados herejes. se los dice apartados de Dios, se los considera réprobos y entregados al diablo. Porque mucha gente a la que yo considero digna de la inmortalidad ha sido ensuciada aquí por la tiznada marmita del Papa.

Si los bohemios fueran los encargados de juzgar, quizás incluirían a Juan Nuss en el número de los santos y, en cambio, incorporarían al Papa y también a todos los apóstoles en el registro de herejes. Y si yo debiera juzgar con equidad a muchos otros [como] Erasmo. Lutero, Zuinglio, Ecolampadio, Wycliff, los anabaptistas o el propio Ario, los tendría que borrar del registro y colocar, por lo menos, junto a Jerónimo y Agustín, es más, casi entre los apóstoles, y también tendría que incluir a Jerónimo entre los herejes, en lugar de Vigilancio. Por eso, dejad que el Papa sea siempre juez, de esa manera seguirán siendo herejes todos aquellos que he enumerado en este registro, sin

partidismo, sin amargura, sin perjudicar, despreciar ni ensuciar a nadie, reservándome cualquier juicio sobre su importancia. No me cabe duda de que entre ellos hay muchos hombres valiosos, devotos, que tienen más espíritu en un dedo que el Anticristo en todas sus sectas y cuerpos. El mérito de estos consiste, sin duda, en figurar en el santoral del Papa... así como aquellos, por su parte, se honran figurando en su lista de herejes, porque es un honor ser vituperado por los malvados (Lc 6: 22); pero una maldición ser bendecido por ellos (Lc 6: 26; Mal 2: 2; cf. Sal 109: 28; Mt 5: 11). Porque el que hablen mal de ti es alabanza y gloria. Como dice también aquel filósofo<sup>2</sup>: "Es propio de un rey que se hable mal de ti cuando tú hablas y procedes bien, sobre todo si lo hacen aquellos cuya alabanza es una ignominia". Lo mismo atestigua también Cristo (Mt 5: 11; 1: 17 ss; Jn 15: 18 ss). Por eso es un honor que figuren en este registro. Yo no podría haberlos reunido mejor en toda la crónica ni podría haberlos colocado en lugar más honroso. Porque los cristianos han sido, en todas partes y siempre, herejes para todo el mundo. Si los hubiera hecho figurar con los papas, se los habría tomado por sus secuaces. Si los hubiera colocado en las órdenes o en los concilios, no podrían ser herejes para todo el mundo. Aquí, en cambio, están bien. Porque es de temer que aquí se cumpla y se haga verdad el dicho de Jerónimo de que muchos de aquellos cuyo cuerpo es honrado por santo en la tierra tienen su alma en el infierno y allí están siendo torturados y padecen martirios. Pues los juicios de Dios y del hombre distan tanto entre sí como el cielo y la tierra, y lo que el mundo califica y bendice como santo es maldición y abominación ante Dios (Lc 16: 15; Is 25: 2 ss). Es bien sabido: lo que el mundo ha canonizado por mucho tiempo y sigue canonizando aun hoy... es en realidad mentira, tinieblas y abominación; porque el mundo sólo declara santo a quien declara santo y justo el mundo y proclama, pregona y alaba como luz sus tinieblas y sus mentiras. Mas quien se enfrenta contra esa abominación, más aún, quien se atreve a abrir la boca o a mover un dedo, tiene que ser hereje y siempre ha sido así, como lo testimonian Cristo, los apóstoles y, antes que ellos, los profetas.

Así ocurrió con Valdés, en el año 1158; con Dulcino, en 1307; con Rokytzana, en 1461; con Wycliff, en 1364; con Juan Nuss, en 1414; con Erasmo, Martín Lutero y Ulrico Zuinglio en 1530<sup>3</sup>. En cambio, aquél que haya tenido al Papa en la palma de la mano, que haya apoyado su silla y lo haya declarado santo, ése será santificado.

Por eso es de temer que entre los herejes hayan muerto muchos cristianos justos, como se sabe por los profetas, Cristo y los apóstoles. Cristo habla de servirnos de ejemplo, así sigue sucediendo aún hoy y seguirá sucediendo hasta el fin. Todos los descendientes construyen mausoleos a los profetas, a Cristo y a los apóstoles y los ornamentan hasta el tope... y, sin embargo, siguen colmando la medida de sus padres, como los judíos<sup>4</sup>. Y así como se mató desde el principio al Cordero, así se lo seguirá sacrificando hasta el final. Allí donde Cristo apenas se mueve, se encuentran presente Judas, Anás, Caifás, Pilatos y toda la Pasión. El mundo actual no es mejor o más piadoso que el anterior, como para dejar de hacerlo, al contrario, es más maligno. En él tiene que ser perseguida con máxima severidad la verdad en cualquiera, como si fuera herejía. ¡Por eso prestad atención qué, cómo, quién y por qué se prohíbe algo! Porque, por lo común, no se ha comprendido a los cristianos tildados de herejes; con frecuencia se los ha calumniado y atacado arteramente. Así, el mundo y el Anticristo han condenado siempre a Cristo y al Evangelio como herejía. Por eso me temo que muchos de los que ahora son proclamados santos en el santoral y cuyos restos también son honrados como sagrados esperan el Juicio como los destinados a las tinieblas y los reprobados. Tal el caso de Tomás de Aquino, Scotto y de muchos papas, que son casi todos santos. Pues como su juicio era errado hay que concluir que todo lo que surgió de él estaba errado. Allí se cumple el pasaje (Lc 16: 15): "Lo que los hombres tienen por sublime delante de Dios es abominación". Y aun cuando por mucho tiempo haya ocurrido lo contrario, Dios sigue siendo lo verdadero, de modo que la santidad, la justicia y la sabiduría del mundo pertenecen al diablo (Mt 7: 21 ss; Jn 16: 2 s; 1 Co 13: 9 s; Is 44: 25). Las obras de Dios, que ocurren a diario, explican la Escritura en forma unívoca. ¡Si sólo se prestara atención y se tuvieran ojos para verlo y un corazón para entenderlo! En una palabra: si los deseos ayudaran, yo preferiría aceptar y tomar sobre mi persona el juicio [divino] sobre muchos de los herejes condenados por el Papa, que el de muchos de los supuestos santos del calendario papal. Ahora, en nuestros tiempos, se ve claramente lo que el papa califica de herejía; cómo están alertas y buscan, cómo proceden con aquellos que aún viven, cómo se lanzan [sobre ellos] sin una palabra previa o posterior, y denuncian, con la máxima dureza y desconsideración, como herejía, lo que quizás sólo está en apariencia contra la verdad; no, ni siquiera contra la verdad, sino sólo

contra sus fruslerías, como le ocurre diariamente a Erasmo y otros sabios y elegidos de Dios en nuestros tiempos con quienes los envidian. ¿Qué me impide pensar que se ha procedido así con Wessel, Wycliff, Nuss y hasta con buena parte de los primitivos herejes (a pesar de que la Iglesia no estaba tan desfigurada por entonces), y que se los ha perseguido injustamente y se han citado mal todas sus palabras y se las ha tergiversado completamente... cuando a diario estamos comprobando que ocurre eso con los que están con vida?

Por añadidura, según la naturaleza, apariencia, juicio y censura de la actual Iglesia romana no sólo son herejes Ario, Sabelio, Marción, Lutero, Zuinglio, los anabaptistas, etcétera. También lo son los Padres de la Iglesia, primeros papas y concilios. Su Iglesia se apoya tan poco en los Padres, primeros papas y concilios, como en el Evangelio, tal cual lo veremos claramente... a pesar de que se jactan de ellos y quieren aparentar que su fe, su doctrina y su iglesia se apoya en aquellos y que toda su doctrina y su acción proviene del mandato de aquellos. Pero con eso no hacen más que crear algarabía y un humo fantasmal ante los ojos del pueblo. Por eso no he incluido sólo a los herejes mencionados, sino también a los Padres de la Iglesia y a los concilios. Así veremos cómo por entonces la Iglesia Romana enseñaba y hacía exactamente lo contrario y cómo ahora esa doctrina es condenada como herejía, por mucho que ornamenten los sepulcros de los Padres de la Iglesia y por mucho que se jacten de sus títulos y nombres, más aún, por más que quieran ser considerados como sus celosos sucesores y como hombres santos. Pero es lo mismo que si el mundo quisiera parodiar en palabras y gestos la obra de los hijos de Dios. De eso no resultará más que una perversa monería. Porque yo sé bien y he experimentado lo que es repetir lo dicho por otro en asuntos espirituales. Porque la verdad está constituida de manera tal y las cosas espirituales son de tal naturaleza que nadie puede juzgarlas en su esencia, proclamarlas o repetir las de verdad, con excepción de Aquél que está en la verdad (1 Co 2: 14 s). Pero si el mundo no sólo es incapaz de eso, sino que ama y busca lo contrario, la mentira (Sal 4: 2), ¿cómo ha de juzgar, proclamar o imitar cosas que no sólo desconoce por naturaleza sino que, aunque le sean dichas se reirá de ellas como de una necedad o las calificará de mentiras y repetirá la verdad legítima tan adulterada que resultará algo tan completamente distinto de lo que han querido decir los "espirituales"? Nadie puede entender ni decir las cosas espirituales salvo los "espirituales".

Digo esto porque sé que todo el mundo sabio no podrá entender a un cristiano, y mucho menos imitar o juzgar su causa, aun cuando el mundo ciego diariamente opina sobre ese color... por cierto, dada su naturaleza, no mejor de lo que lo haría la carne sobre el espíritu, o las tinieblas sobre la luz. Todo esto resulta claro en el ejemplo de Cristo. ¡Hasta qué punto lo malinterpreta Nicodemo, el maestro de Israel (Jn 3: 1 ss)! ¡Qué mal interpretado es por todos los escribas y fariseos! ¡Hasta qué punto debe parecer su causa completa y totalmente como una mentira infantil, necia, abominable! Así debe de tener el diablo [adentro] y ser el peor de los herejes. Y así sucede hasta el día de hoy; tiene que ser herejía todo —en especial la verdad— lo que el mundo no puede entender y concebir, y cuando [el mundo] quiere imitar o juzgar en asuntos de los “espirituales” su papel es tan lastimoso como el de un asno ante una lira o el de una vaca ante un tablero de juego. Sólo remedan las cosas tal cual las han entendido y concebido. Pero el “espiritual” jamás soñó [las cosas] tal cual se repiten y así la verdad se convierte en mentira en boca de ellos, de la misma manera en que la miel se vuelve veneno en la araña. Sólo un cristiano entiende el cristianismo. De modo que el mundo sólo puede mentir acerca de los cristianos.

Por eso se dice que la Escritura es un libro cerrado con siete sellos, y la Palabra de Dios es de naturaleza tal que nadie la puede entender fuera de sus hijos. Él habla con ellos en parábolas y de manera misteriosa, a fin de que no lo entienda nadie más que los que nacieron de él. Ese idioma incomprendible está cerrado a todos los que andan fuera, es decir a todo el mundo. En una palabra, es vana mentira lo que se repite como dicho por los espirituales. Así, Platón, Heráclito, Demócrito, han reconocido también que es peligroso y difícil, incluso inútil, predicar a cualquiera acerca de la verdad y de Dios.

Por eso, la verdad quiere tener su tiempo y sus discípulos, por lo que es mejor callar que confesar una verdad fuera de tiempo ante el puerco mundo, para no desperdiciar esa fina perla y arrojar rosas a los cerdos. Lo más seguro es callar transitoriamente, ante el mundo, una verdad de la cual él no es digno y para la cual no está maduro (Am 5: 16; Mt 7: 6). Yo veo cómo en nuestros tiempos, a la vista de todos, se explica la causa de los espirituales, cómo se repiten sus asuntos, cómo se entienden sus palabras, es decir, cómo se las malentiende, necesariamente. Por eso pienso que a los antiguos les debe de haber ocurrido lo mismo y la gente buena no lo debe de haber pasado mejor que nosotros... ¡Porque la verdad es siempre tan bienvenida en este mun-

do! Todo lo que han entendido y repetido está mal. Sí, los escribas han escrito todo mal en los libros. Si los escribas [judíos] hubiesen escrito el Evangelio de Cristo, dejaría atónito comprobar cómo habrían invertido todas las palabras. Sí, porque entonces tendría que haber sido un revoltoso, un sedicioso, un exaltado, un endemoniado, sacrílego, hechicero, archihereje, bellaco y enemigo acérrimo de Dios y de la ley mosaica; también el hijo de una ramera, como ya lo han asegurado en su Talmud. De esas acusaciones está lleno el Evangelio.

Si en nuestros tiempos el Papa o cualquier secta evangélica debiera abrir juicio sobre los herejes sucedería exactamente lo que está sucediendo: que una secta odie a muerte a la otra y que cada una entienda [mal] a la otra, es decir, al revés, como llevan los campesinos la lanza. Los que más deben padecer son los justos. Ellos son los herejes que molestan a los ojos del mundo (Pr 2: 10 ss). Ése es el destino cierto y el signo de reconocimiento del Evangelio y de la verdad (Mt 10: 17 ss).

Mira, lector mío, los más eruditos entienden bien a Cristo cuando Él mismo habla con ellos y explica el asunto. Pero como ellos no están a la altura de la causa (porque el mundo no puede recibir y captar el espíritu de la verdad: Jn 14: 17). Él se las encubre, por momentos con parábolas y palabras cifradas, para que ese secreto siga siendo un libro cerrado para ellos. ¡Cómo tergiversan todas sus palabras! ¡Cómo malinterpretan lo que dice aquél que ellos oyeron en vida! Por eso piensa que a muchos herejes rectos también les ha ocurrido que nadie los entendiera y que todo [lo suyo] se repitiera erróneamente, de viva voz o por escrito, como lo estamos experimentando a diario. Por eso me disgustaría tener los escritos y los verdaderos originales de Huss y también de los demás herejes, más aún, sería de desear que los tuviéramos. Porque no existe un libro tan malo como para que un cristiano (a quien no se puede engañar ni corromper) no pueda sacar provecho de él; porque la verdad sólo reluce más, se hace más límpida y más firme cuando se la enfrenta con la mentira. Por eso Dios permite que se produzca la herejía, y la mentira debe ser una prueba de la verdad que la ayude a levantarse; porque cada extremo da lugar al extremo opuesto y lo estimula.

Además, quisiera que tuviéramos sus libros para poder reconocer la mentira o verdad de su error. Porque, sencillamente, no puedo creer que el diablo infame se haya manifestado tan torpemente y con tan desvergonzadas crudezas, precisamente en el tiempo de los apóstoles (con tan buenos perros ante el redil de Cristo). Más bien debe

haber tenido una cierta apariencia, una apariencia brillante que engañara y trastornara a los primeros cristianos, como la herejía de Cerinto y de los ebionitas, que dicen que Cristo fue un simple hombre como nosotros, y que el Reino de Cristo será, como esperan los judíos, un reino terrenal y temporal.

También la herejía de aquellos que decían que, además del Evangelio, había que respetar toda la ley mosaica, [herejía] contra la cual se reunió el primer concilio de los apóstoles (Hch 15). Si eso se podía documentar con la Biblia dándole un prestigio para engañar a los simples, acerca de los otros herejes no se oír otra cosa que delitos y pecados abominables, sin pruebas ni justificación bíblica, como ocurre con los herejes Simón, Manes, Montano, Menandro y otros, muchos de los cuales se presentaban como Dios y Cristo, y exponían cosas tan incongruentes que no puedo creer que los primeros cristianos se pudieran trastornar con crudezas tan débiles y mezquinas. A mi entender, Eusebio ha omitido mencionar frecuentemente la apariencia deslumbrante, como lo hacemos nosotros cuando comenzamos a odiar a alguien, sólo podemos hablar mal de él; como reza el dicho: "La boca del enemigo no habla bien de nadie". Creo que los maestros han escrito con bastante frecuencia de acuerdo con ese dicho. Pero, en realidad, las cosas tienen que haber sido diferentes. Por eso me parece que se han tergiversado, se ha repetido y se ha añadido mucho, o bien sólo se han censurado sus vicios. Porque hoy en día, si hay diez que asisten a una prédica se pelearán entre sí no bien crucen la puerta. Uno asegurará que se dijo una cosa, el otro afirmará que se dijo otra. También se adulteran los libros que pasan por muchas manos. Y la Sagrada Escritura no es una excepción, como lo admite libremente Erasmo en las anotaciones a Tertuliano (contra Marción) y Orígenes en las homilías sobre Mateo 26. No mencionamos el hecho de que habían de ser separados el propio Orígenes —ya en el transcurso de su vida—, Clemente, Ignacio, Policarpo o Dionisio; pero, sobre todo, los herejes de los que todo el mundo era enemigo, o los cristianos, sobre los que se mentía por lo general, como narra Tertuliano (*Apología*). Creo que lo mismo ha ocurrido con los herejes. Si fuera verdad lo que algunos dicen acerca de los anabaptistas —sólo horribles vicios— sería sorprendente que estos pudieran convencer a un solo hombre. El resplandor de santidad que tienen realmente lo conocen los que tienen que ver con ellos o que han estado con ellos; a pesar de que ese resplandor ya casi se está extinguiendo o desapareciendo, y ellos mismos dicen que los mejores se han ido

5. Porque la herejía debe tener ese brillo y estar vestida con las Sagradas Escrituras. De lo contrario no es herejía, sino delito desnudo.

De modo que así como ahora, a juicio de la desnuda Iglesia Romana no sólo son herejes o la mayor herejía, Ario, Sabelio y otros, sino también los santos maestros de la Iglesia en total y gran parte de sus propios decretos, así también —comparados con los Padres, los antiguos, los mejores decretos y, sobre todo con la Escritura— ellos son los herejes más ruines que hayan existido desde el comienzo.

Aquí ves con tus propios ojos y escuchas con sorpresa que su causa está tan lejos de los antiguos decretos de los Santos Padres, concilios y papas, como de la Escritura. Por eso hemos mencionado aquí también todo esto como herejía y lo hemos incluido en este catálogo de herejes, porque en el papado y en otras sectas no sólo se combate violentamente a estos antiguos maestros y decretos, sino que su doctrina ahora también es insolentemente condenada por todos. Y, sin embargo, al hacerlo se jactan de los Padres, concilios y antiguos decretos de los papas y de la Iglesia cristiana (como también de la Escritura), de modo que el pueblo y el fraile ignorante (que confían en ellos en ese aspecto y no investigan más el asunto) tienen que creer que su Iglesia se basa firmemente en los Padres, concilios, Escritura y decretos. Mientras tanto, todo eso está contra ellos y no se puede ni pensar que les sirva de fundamento o que esté de parte de ellos.

Acerca de cómo todo en ellos viola la Escritura y de cómo entre ellos está la máxima herejía, tratan libros de los cuales hoy está lleno el mundo, de modo que su Iglesia es una bofetada al Nuevo Testamento y a la Biblia en su totalidad. Y si alguien tomara un Nuevo Testamento y fuera a una Iglesia papista o a la Iglesia de otra secta y lo comparara con lo que allí se hace y se deja de hacer, con el culto, etcétera, tendría que pensar que no están en sus cabales, que se jactan de un libro de estatutos que no sólo no respetan, sino que tergiversan arbitrariamente hasta lo exactamente opuesto, como si se estuvieran burlando de su legislador. Pasaré por alto aquí la forma total y absoluta en que su propósito no coincide con la Escritura y cómo entre ellos la máxima herejía es la Sagrada Escritura (que ellos condenaron públicamente en el último concilio, y en casi todos, de un modo que el mundo entero se asquea aún hoy como ante una fétida carroña y cierra boca, oídos y nariz). Pasaré eso por alto, porque se ha escrito mucho acerca de ello y prácticamente en todos los pupitres yace un Testamento no leído y no comprendido. En cambio, me

basaré solamente en los Padres, papas y sus propios decretos (que aún no son muy conocidos), para demostrar lo mucho que se han apartado del sendero, cómo nada está de acuerdo con sus propósitos, más aún, cómo todo está completamente contra ellos y ahora es condenado por ellos como herejía, lo que ellos mismos han hecho y decretado, y por lo cual quieren ser alabados, como si su Iglesia y todo lo de ellos estuviera basado en eso. Si tú no percibes lo contrario y no te apiadas y sorprendes ante esos fundamentos de paja, admito que estoy equivocado. Tampoco debes sorprenderte de que yo haya incluido todos los piadosos maestros entre los herejes de la crónica. Porque todo lo que encuentre aquí es ahora herejía a los ojos del Papa, quien juzga en esto y a quien pertenece este catálogo. Por eso, yo que he puesto al Papa como juez, tengo razón en mencionar todo eso como herejía. Que Dios nos ayude a todos a que, redimidos alguna vez de este desvarío, podamos ser discípulos a sus pies, llegar a la unidad del Espíritu y ser instruidos por Dios. Porque el Anticristo, que ya está ahído y cansado del Papa y casi lo ha gastado, adoptará otro disfraz y se instalará, probablemente, en medio de las letras de la Escritura y será lo bastante erudito con nosotros, porque nosotros no hemos ido a parar en la letra muerta de la Escritura y sólo insistimos en ella. Él es capaz de todo eso —sólo es incapaz de tener fe y de amar— y, sin duda, es tan erudito como jamás lo hemos sido nosotros. Así, muchos hacen ahora un ídolo de la Escritura, a la que, sin embargo, no interpretan según el sentido de Cristo o del Espíritu —porque son carnales—, sino de acuerdo con la letra muerta, tal cual suena y reza con palabras claras. Ni siquiera piden a Dios que nos enseñe y explique su misterio (que, ciertamente, Él no ha puesto en el camino en letra clara, para los cerdos<sup>6</sup>, sino que, más bien, ha cubierto con la letra) y que despierte en nosotros la letra muerta y que mata, [convirtiéndola] en espíritu y vida. Porque la Escritura, por buena que sea para la salvación, no puede transformar o dar vida a un corazón malvado. De ser así, los escribas habrían sido los más justos. Por añadidura, la letra ha dado siempre origen a muchos herejes, como ya veremos. Uno por aquí, otro por allá elegían un pasaje de la Biblia y se marchaba de viaje con él. Dios ha querido darnos con la Escritura un medio para que no lo olvidemos, no sea que atendamos a la letra como lo realmente vivo y arrojemos a Dios del medio. Así, ahora hay algunos que se conforman con la letra y le atribuyen [la virtud de] que, leída y escuchada trae consigo la fe y el espíritu. Y, mien-

tras tanto, la Escritura está asentada en letras, *per antithesim* (es decir, por contradicción), para que andemos con cautela ante Dios, busquemos en ella el sentido del espíritu de Cristo y no hagamos de ella un ídolo, sino que roguemos a Dios nos la haga comprensible y, que con su dedo, inscriba en vivo la letra muerta en nuestro corazón. En tercer lugar, la Escritura ha sido así dividida para que las bestias impuras que intervienen con pezuñas indivisas y sin marca de fuego, no entiendan ni puedan saborear este manjar<sup>7</sup>. Pues, como no lo han aprendido de Dios y no saben abrir esa nuez, deben adivinar cómo es la pulpa, como lo hacen todos los herejes, que dan vueltas en torno a ella sin el Espíritu y la fe de Dios, y buscan y quieren aprender y encontrar inmediatamente Espíritu, fe, Dios, etcétera, en ella. Antes tiene que haber un corazón que se entregue, que renuncie a sí mismo, que tenga fe para leer y escuchar la Escritura (Lc 9: 23; 14: 26 s) y un corazón así no puede formarse recién a partir de ella.

## B) CARTA DE SEBASTIÁN FRANCK A JOHANNES CAMPANUS

Estrasburgo, febrero 4 de 1531

¡La gracia del Padre de la Luz sea contigo, a través de Cristo el Señor!  
¡Querido N.!<sup>8</sup>

A mi parecer haces bien en sentir y creer solo contra todos los doctores de la Iglesia Romana o —si así le place a Dios— Cristiana, quienes desde los tiempos de los apóstoles hasta la presente hora han gozado de gran renombre, y [haces bien] en preferir mantenerte en tu opinión solo contra todos, antes que equivocarte con todos o con la mayoría. No dudo que, con el tiempo, esa opinión te complacerá más aún, y ruego a Dios quiera fortalecerte en ella.

Porque no dudo que todos los célebres doctores, cuyos escritos existen aún hoy, son esos lobos que Pablo vio espiritualmente cayendo sobre su rebaño después de su partida (Hch 20: 29) y a los que Juan (1 Jn 2: 18 s) llama anticristos, hombres que salieron de los apóstoles —aún en vida de estos— y que, en realidad, nunca fueron de ellos. Eso lo demuestran sus libros, los de Clemente, Ireneo, Tertuliano, Cipriano, Crisóstomo, Hilario, Cirilo, Orígenes y otros, que están llenos de vanos juegos infantiles y difieren mucho del espíritu de los apóstoles. Es decir

están colmados de mandamientos, leyes, elementos sacramentales y toda clase de invenciones humanas. Ireneo habla de siete órdenes<sup>9</sup>; Clemente, discípulo de Santiago —si es que eso ha de creerse— escribe algo acerca del purgatorio, entre otras necedades.

Inmediatamente después, todas las cosas se desarrollaron en forma opuesta: el bautismo fue transformado en bautismo de infantes; la Cena del Señor en abuso y en un sacrificio. Lo que escribieron no es más que vergüenza y oprobio. Por eso creo con certeza que la Iglesia visible de Cristo —con todos sus dones y sacramentos— subió al cielo inmediatamente después de la época de los apóstoles, por la invasión y la devastación del Anticristo, y está oculta en el espíritu y en la verdad, de modo que durante mil cuatrocientos años no ha existido una iglesia exteriormente reunida ni sacramento alguno. De eso estoy completamente seguro. Porque lo prueban no sólo las experiencias, sino la obra, la exterioridad y los abusos con que el Anticristo ha mancillado y corrompido todo. Empero, nada se ha perdido de la verdad del bautismo, la Cena, la excomunión y la reunión para el servicio divino. El Espíritu ha impartido todo esto a los fieles —cualquiera sea el país en que se encuentren— de verdad, a pesar de que los símbolos y signos de estas cosas han sido mancillados por el Anticristo y entregados al diablo. Porque desde el momento en que se abolieron el sábado, la circuncisión y los mandamientos referentes al templo y a las ofrendas, Dios ya no las reconoce más como ordenanzas suyas, a pesar de que antes se las mandaba expresamente, y dice: “¿Qué me importan el templo y los sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos...” (Is 1: 11).

Así, aunque al comienzo Cristo instituyó —no sin razón— el bautismo y la Cena, no lo hizo de acuerdo al Nuevo Testamento para servirse con eso, sino para prestarnos un servicio y semos útil. Hoy en día nadie piensa en eso. Todos creen que Dios necesita de nuestro trabajo y de nuestro servicio, y se complace particularmente en esas cosas, como los niños con sus juguetes. Y, sin embargo, nada de eso se instituyó en favor de Dios, sino en nuestro propio favor —como la circuncisión y el sábado entre nuestros antepasados—, a fin de que los corazones espirituales entendieran, con estos signos, lo que Dios quiere que hagan y dejen de hacer.

El Espíritu Santo y omnisciente previó que todas estas ceremonias exteriores no tardarían en desaparecer por causa del Anticristo y en degenerar por causa del abuso. Por eso cedió con gusto este triunfo a Satanás y alimentó, dio de beber, bautizó y reunió a los fieles en espíritu y en realidad, de manera tal que la verdad nada perdió con

ello, aunque todas las cosas exteriores degeneraran. Por eso, así como sólo el Espíritu de Dios es quien enseña la Nueva Alianza, así también sólo él bautiza y sólo él se sirve de todas las cosas, en espíritu y en verdad. Y de la misma manera que la Iglesia es hoy una cosa puramente espiritual, así también ley, Padre, Espíritu, pan, vino, espada, reino y vida están en el Espíritu y nada es ya exterior.

Por eso, solo el Espíritu único bautiza con fuego y espíritu a todos los fieles y a quienes obedecen la palabra interior, cualquiera sea el lugar del mundo en que estén. Porque Dios no tiene en cuenta a la persona; está tanto para el griego como para el bárbaro y el turco, tanto para el señor como para el siervo, mientras preserven la luz que se les ha brindado y que da a su corazón eterno resplandor.

En una palabra, mi querido hermano N., para decirlo en forma sumaria y clara: creo, a diferencia de todos los doctores, que todas las cosas y ceremonias exteriores que han sido usuales en la Iglesia de los apóstoles deben ser abolidas y no deben ser restauradas, a pesar de que muchos se empeñan —sin cometido ni llamamiento—<sup>10</sup> en restituir los sacramentos degenerados.

Porque la Iglesia permanecerá dispersa entre los paganos hasta el fin del mundo. Si sólo el advenimiento de Cristo destruirá por fin al Anticristo y a su Iglesia. Él reunirá nuevamente al devastado y pérfido Israel desde los cuatro extremos del mundo. Por eso no creo que se deba restituir nada de lo que alguna vez gozó de gran estima en la Iglesia. Son las cosas que los lobos, a los que ya hiciera referencia, los doctores de la ignorancia, los parodiadores de los apóstoles y los anticristos propagaron con vigor. Y los escritos y doctrinas de aquellos que comprendieron la verdad de estas cosas fueron suprimidos como herejías y disparates; y en lugar de ellos gozaron de respeto el insensato Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Gregorio, ninguno de los cuales reconocía al Señor —así Dios me salve— ni había sido enviado por Dios para enseñar. Más bien eran todos apóstoles del Anticristo y lo siguen siendo. Soy un embustero si esto no queda demostrado por todos sus libros, que no tienen relación y difieren mucho de los de los apóstoles. A juzgar por los libros que han dejado, ninguno de ellos fue cristiano, a menos que, al final —con la enseñanza de Dios— hayan tenido otros sentimientos en sus corazones y se hayan arrepentido del esfuerzo perdido. Porque ni siquiera han enseñado lo que corresponde debidamente a la fe cristiana. Más aún, no supieron ni enseñaron lo que es Dios, la ley, el Evangelio, la fe, el bautismo, la Cena, el vino, la justicia, la Escritura, la Iglesia y su derecho.

Mezclan el Nuevo Testamento con el Antiguo, como lo siguen haciendo hoy sus descendientes. Y cuando no tienen con qué defender sus causas, corren inmediatamente a la aljaba vacía —el Antiguo Testamento— y extraen de él pruebas para [legitimar] la guerra, el juramento, el gobierno, el poder de las autoridades, los diezmos<sup>11</sup>, el sacerdocio, y alaban todo eso y atribuyen todas las cosas a Cristo contra su voluntad. Y muchos de los que se hacen llamar evangélicos proceden hoy de la misma manera que los papas, que derivaban todo de allí<sup>12</sup>. Creen haber eludido elegantemente el lazo del papa y del diablo y, sin embargo, con gran esfuerzo y sudor no han hecho otra cosa que confundir el sacerdocio del Papa con el reino mosaico. Pero esto sigue siendo un fundamento sólido: si el sacerdocio no puede ser restablecido sobre la base de la antigua ley, tampoco puede establecerse un reino o gobierno exterior de acuerdo con la ley de Moisés. Pero los evangélicos de la corte están persuadiendo ahora a los príncipes de otra cosa y les ponen elegantemente la espada en la mano y arrojan leña al fuego, como reza el dicho.

Muchos entendidos extraen de eso la falsa conclusión de que, en tiempos de Constantino, entró el Anticristo con Constantino en la Iglesia cristiana y que en ese entonces se redujo a cenizas el orden externo de la Iglesia, cuando el poder temporal y los príncipes de los paganos abandonaron sus creencias paganas fueron bautizados e incluidos en el rebaño de Cristo. Por esa causa se aduló mucho a los hermanos<sup>13</sup>, se maquinaron guerras, se extirparon las herejías no con la palabra, sino con la espada, y se defendieron los asuntos de la fe con los puños y la fuerza. La opinión de esa gente no es mala y, sin embargo, están errados.

Yo, en cambio, creo con firmeza que la iglesia exterior de Cristo fue devastada y destruida inmediatamente después de los apóstoles. Eso me lo demuestran ampliamente los lobos, es decir, los Padres de la Iglesia; a pesar de que la Escritura no brinda testimonio alguno en este punto. Porque todo lo que ellos enseñan no es más que vano juego de niños, comparado con los apóstoles. Pero como los preceptos exteriores y los sacramentos no fueron suprimidos por el devastamiento que siguió a la época de los apóstoles, sino que se usó de ellos y se los mancilló, Dios hizo que todas las cosas meramente indicadas por los signos y dones exteriores, ocurrieran en verdad —por el Espíritu— en su Iglesia invisible, Permite que el diablo —que no busca otra cosa que lo exterior— abuse de lo exterior y controle los sacramentos —así como la circuncisión exterior, el reino, el sábado, el templo, los sacrificios— y mientras tanto circunda los corazones de

los suyos, con el Espíritu y el fuego, en la verdad, que no ha sido extinguido. Así los hace brindar sacrificios y hace y construye con ellos un templo de Dios, bautiza, alimenta y da de beber al disperso Israel, sin manos ni elementos externos. Así establece y cumple todo el Nuevo Testamento y regula todas las cosas a su manera, en Espíritu y en verdad, a fin de que nada sea vano o simbólico, sino todo en verdad, para que él cierre y ninguno abra (Ap 3: 7).

La experiencia enseña que el poder de la Iglesia exterior y de todas las cosas exteriores ha decaído y que la Iglesia está dispersa entre los paganos. Por eso, en mi opinión, realmente no hay hombre sobre la tierra que pueda volver a reunirla y a sacar otra vez a la luz sus sacramentos sin un especial llamamiento de Dios. Porque ése es un asunto de llamamiento exterior y especial, y las cosas exteriores han de tener un llamamiento exterior. El hombre interiormente tiene un maestro, un educador interior, alimento, voz y todo interior. Así también las cosas exteriores deben tener un llamamiento exterior, un maestro especial, boca, palabras y todo exterior. Por eso he dicho que no se deben restablecer las ceremonias exteriores de la Iglesia, a menos que el propio Cristo lo ordene. Pero él no nos ha hablado a nosotros, sino a los apóstoles, y les ha ordenado inicialmente que prediquen y bauticen. Pero todos roban la verdad divina a su prójimo. Cómo no decir, entonces, que más de uno adopta esta función divina sin llamamiento y misión. Y, sin embargo, es cierto y seguro que un hereje y alguno que no ha sido enviado por Dios no podría hacer nada en la Iglesia, aun cuando todavía existieran los sacramentos y ellos —es decir los malos imitadores de los apóstoles— siguieran bautizando e imitando todo lo demás. Porque Dios no está con ellos, y ellos no recogen con Dios<sup>14</sup>. Por eso dispersan a todos, como verdaderos apóstoles del Anticristo. Yo opino lo siguiente: ellos están reinstaurando sacramentos del pasado y, a mi entender, nadie debería hacer eso, salvo que haya sido especialmente llamado y enviado por Dios con algún signo extraordinario.

Porque aunque la Iglesia exterior subsistiera intacta y todas las cosas mencionadas pudieran ser recuperadas y usadas, la versión es que seguiría existiendo un solo bautismo, una Cena, una fe, un Evangelio, un Dios y un Señor de esa Iglesia, que es su esposa. Porque es imposible que el Dios único —con Cristo, gracia y sacramentos— esté en iglesias tan diferentes. Por eso, si Lutero bautiza, Zuinglio con su iglesia no bautiza. Si el Papa y los hermanos anabaptistas bautizan, nadie que no pertenezca a sus huestes y a su Iglesia podrá bautizar; en lugar de

hacerlo, dispersará, porque no recoge con ellos. Por eso los antiguos, y en especial Cipriano con todo el Concilio de Cartago, querían que se bautizara nuevamente —o, en realidad, por primera vez en la forma debida— a quienes habían bautizado por herejes, como si entre estos no existiera bautismo, ni Dios, ni fe, ni gracia o Espíritu Santo<sup>15</sup>. De allí viene el dicho: fuera de la Iglesia no hay salvación. Por eso, o no bautiza ninguna de las iglesias, o sólo lo hace una. Y si ha de hacerlo una sola, ¿dónde está esa Iglesia, amigo mío? ¿Quizá en la India, en Grecia, en Armenia, en Alemania, en Roma, en Sajonia o en las montañas? Yo creo que no está en ninguna parte. Andan por ahí sin haber sido llamados y se presentan a las ovejas sin haber sido enviados. Y todos los que llegan antes del Señor son ladrones y asesinos<sup>16</sup>. Y así como hablan y enseñan por su cuenta, así también bautizan por la suya y congregan a la Iglesia dispersa como verdaderos servidores del Anticristo.

Aparte de eso me pregunto para qué o por qué Dios habría de querer reinstaurar los sacramentos degenerados y arrebatárselos al Anticristo. Más aún: por qué habría de buscar refugio en los débiles elementos, cuando por espacio de mil cuatrocientos años ha sido él mismo el maestro, el bautista, el administrador del alimento, en Espíritu y en verdad, sin medio exterior alguno. En el Espíritu, digo, con el cual bautiza, enseña y alimenta nuestro espíritu. ¿Por qué habría de buscar refugio en los pobres y enfermos elementos del mundo y reinstaurar el contaminado sábado y los sacramentos de ambos Testamentos, como si estuviera harto de las cosas espirituales y hubiera olvidado por completo su naturaleza? Pero Dios seguirá con su manera, en especial la del Nuevo Testamento, mientras el mundo exista. Mientras tanto también subsistirán los sacramentos, aunque —en lo que se refiere a su verdad y a su significado— prisioneros del Anticristo y pisoteados por él, por ese Anticristo a quien el Señor aplastará y matará con su advenimiento y con el espíritu de su boca (2 Ts 2: 8) y como he dicho, reunirá a la Iglesia dispersa por los cuatro extremos del mundo. Mientras tanto, templo, sacramentos y todos los oficios y servicios quedarán con el Anticristo. El templo y las ceremonias del pueblo expulsado por los paganos no serán reinstituídos, como lo testimonia Ageo. Sin embargo, muchos se empeñan hoy —con celo incomprensible, aunque (según espero) no impío— en recuperar la Iglesia y los sacramentos, a pesar de que Dios ha dispuesto una suerte mucho mejor para la Iglesia, de modo que ahora todas las cosas que antes eran mostradas en símbolos ahora suceden en verdad. Y sólo se ha arrebatado al niño el mu-

ñeco con el cual ya ha jugado bastante. Ahora hay que dejar las pequeñas y buscar cosas más grandes y serias, como la fe, la penitencia, la negación de sí mismo. Porque eso es ser cristiano y conocer a Cristo y gozar de su carne como alimento.

Dios admitió e incluso brindó a la Iglesia, en su juventud, los signos exteriores, como quien entrega un muñeco a un niño. No porque fueran necesarios para el Reino de Dios ni porque Dios los exigiera de nuestra mano, sino porque la Iglesia, en su infancia, necesitaba de esas cosas como de un bastón. [Lo hizo] como un padre que da algo a su hijo para que no llore. Pero cuando el nido es lo suficientemente fuerte y arroja lejos el bastón, el padre no se irrita, sino que se complace. Por eso, hermano N., sin duda es una palabra muy dura, que irrita y endurece a muchos que no son de Dios. Pero a mí me place y me conquista, de modo que me mantendré junto a ti cuando escribas contra todos los doctores de la Iglesia y sus hijos; más aún, contra todo el mundo, desde la época de los apóstoles. Porque yo también creo eso. Pero el que tú te afanes por la decaída Iglesia es vano esfuerzo, lo sé con certeza. Porque no lograrás congregar al pueblo de Dios ni siempre podrás sacar a luz su orden y sus sacramentos. Por eso abandona esa empresa y deja que la Iglesia de Dios permanezca en espíritu entre todos los pueblos y paganos. Deja que estos sean instruidos, gobernados y bautizados por el doctor del Nuevo Testamento, el Espíritu Santo, y no envidies la suerte de tu madre, la Iglesia. Considera, también, como hermanos y hermanas tuyos a todos los turcos y paganos, estén donde estén, siempre que teman a Dios e —instruidos por Dios e interiormente conducidos por Él— sean justos, aunque nunca hayan oído hablar del bautismo, más aún, aunque nunca hayan oído una historia o una letra acerca del propio Cristo, pero experimenten su fuerza exclusivamente por la palabra interior y la hagan fructificar. Porque el propio Señor los dispensa cuando dice: "A cualquiera que pecare contra el Hijo del Hombre, le será perdonado" (Mt 12: 32). Y por eso creo yo que, así como muchos son hijos de Adán sin saber que Adán existió, así muchos que son hijos de Cristo nunca han oído el nombre de Cristo.

Te envío aquí el librito de mi hermano en la fe. Por favor, acéptalo como un obsequio de mi parte, léelo, considéralo y júzgalo. Te aseguro que es un hombre maravillosamente docto y temeroso de Dios, y que ha muerto totalmente para el mundo. Desearía de todo corazón ser bautizado con su bautismo. Si me entero de que [el libro] te

ha sido de alguna utilidad te enviaré más escritos suyos, junto con mis obras. Porque este Bänderlin <sup>17</sup> ha tratado con todos los eruditos en las Escrituras, hasta que comprendió que era una causa perdida, ya que a través de la Verdad, descubrió que tienen los oídos completamente cerrados a la Verdad y nada oyen con los oídos abiertos. Son perros y cerdos, como lo fueron los fariseos en tiempos de Cristo. Además, si lo consideras conveniente, me gustaría enviarte alguna vez a este hombre personalmente, a fin de que podáis conversar de viva voz. O, si lo crees más adecuado, ven tú mismo a verlo aquí. Es un hombre realmente versado en las Escrituras y particularmente hábil para juzgar todas las cosas y para enredar y atrapar con fuerza a sus oponentes. Sin embargo no se deja arrastrar a disputas en asuntos de fe. Porque suele decir que el hombre cristiano no es pendenciero ni discutiador, y que no se encontrará una sola palabra o ejemplo de eso en Cristo o en la Iglesia Primitiva. ¿Para qué decir más? El Espíritu dará, sin duda, testimonio de cómo juzga Bänderlin sobre todas las cosas. Presta, sobre todo, mucha atención a las razones en la Escritura —qué y a quién se ha dicho algo— porque dice que muchos eruditos se equivocan al interpretar la Escritura al pie de la letra, como lo hace en especial Lutero. Y yo le doy la razón en eso. Pues los pobres necios no ven la injusticia que están cometiendo con Dios en este trabajo; porque lo muestran más inestable y versátil que Prometeo. Dios se apiada de nosotros.

Querido hermano, no puedo expresarte con la pluma lo que he comprendido bien en el corazón, por la gracia de Dios, y me gustaría mucho encontrarme alguna vez personalmente contigo y hablar contigo de viva voz. Porque yo desearía lograr mucho contigo. Tú no has cerrado aún tus oídos y estás aún en la búsqueda. ¡No te detengas! No necesitarás de ningún hombre. Aunque Dios no ponga a su disposición otro ser humano. Él mismo será tu ayudante, para ventaja tuya.

En la Escritura y el hombre solamente pueden brindar un testimonio al hombre y a los hermanos creyentes, pero no pueden enseñar nada divino. Porque no enseñan, por santos que sean, y la Escritura tampoco es una enseñanza. Sólo se trata de testigos y de testimonios. Y la fe no se aprende en los libros ni se aprende del hombre, por santo que sea; se aprende de Dios en la escuela del Señor, es decir, bajo la cruz; allí es aprendida e infundida.

No sé dónde está ahora Bänderlin, mi hermano en la fe. Cuando regrese te lo enviaré, si Dios quiere, siempre que me entere de que

será bienvenido como huésped y hermano. Él es mucho más libre y, a decir verdad, mucho más instruido y más piadoso que yo en muchos aspectos. Y por lo tanto es probable que te sea más útil que yo en muchos sentidos. Es más libre incluso por el hecho de que no tiene mujer e hijos como yo.

Que te vaya bien, hermano mío, con tu maravillosa teología. Pluguere a Dios que sea tan verdadera, como increíble le resulta al mundo. La mía no es menos maravillosa. Porque creo y estoy seguro de que en este momento no se reconoce en el mundo una sola palabra verdadera o natural de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; estoy seguro de que nadie ha comenzado a reconocer la justicia de la fe. Afirmo que nadie en toda Alemania, más aún, en el mundo entero —hablo de aquellos que exponen su falsa palabra desde el púlpito, a la gente común; hablo, pues, de los cerdos y perros— nadie ha sido llamado ni enviado. No me cabe la menor duda de eso. Por eso predicán sin fruto, porque no han sido enviados por Dios; vomitan la Palabra al pie de la letra y mancillada con inmundicias humanas, no según el sentido divino. Porque ellos no saben hablar de otra palabra que no sea la que está por escrito, y de ningún otro maestro que sus evangelistas. ¿Qué más puedo decir?

Muchos escribas, como los Padres, nunca componen una sola línea interpretada de acuerdo con la opinión de Cristo. Por eso hay un solo y eterno error y ceguera en todos —especialmente en los escribas— los que han aprendido no de Dios, sino solo de las Escrituras y de los hombres, quienes a su vez tampoco han aprendido de Dios. Porque el infierno, la resurrección, Cristo, la verdad, el juicio final, la condenación, el conocimiento de Dios, el Evangelio, la fe, el amor y todas las cosas son muy diferentes o tienen un significado muy distinto al que han enseñado todos hasta ahora. Pero en el fin surgirán del pueblo entendidos, y traerán la comprensión a muchos (Dn 12: 2 ss).

He visto tu tratado —en alemán, no en latín— en el que haces dos personas de Cristo y el Padre, pero en un solo espíritu; así como el marido y la mujer son una sola carne. El español<sup>18</sup>, acerca del cual te informará el mensajero —tu hermano—, afirma en su tratado que sólo hay una persona divina —el Padre—, a quien él llama el Espíritu en sí o el verdadero Espíritu, y dice que ninguna de las otras dos es una persona. La Iglesia Romana afirma que hay tres personas en una esencia. Yo estoy más de acuerdo con el español.

Es mi consejo que no te apresures a publicar tus libros, no sea que después, si cambias de opinión, te lamente de los gastos y el trabajo. Porque estoy seguro que cambiarás de opinión en muchas cosas. Si eres un discípulo de Dios, dejarás que los hombres sigan su camino. Pero yo desearía, sin embargo, que no fueras tan adicto a la letra de la Escritura, sustrayendo así tu corazón a las enseñanzas del Espíritu y, desalojando el Espíritu de Dios, en lugar de desalojar al de Satanás, lo comprimas contra su voluntad a las letras y subordinates a Dios a la Escritura. Esto ha ocurrido con frecuencia y ocurre con frecuencia todavía. Más bien deberías interpretar la Escritura como testimonio de tu conciencia, de modo que testifique acerca del corazón y no contra éste. Tampoco debes creer o suponer algo sobre la base de la Escritura, [que haga] que Dios debe ceder lugar a la Escritura en tu corazón. ¡Más valdría que ello permanezca en manos del Anticristo!

No en vano ha dicho San Pablo (2 Co 3: 6) que la letra mata. Y sin embargo, casi todos, en especial los escribas, la consideran como la única y primera palabra de Dios (como si la palabra de Dios pudiera escribirse), y como único maestro. En resumen, todo lo que hemos aprendido desde niños de los papistas debe ser olvidado. De la misma manera, lo que hemos recogido de Lutero y de Zuinglio debe ser abandonado y transformado. Porque es más fácil hacer un buen cristiano de un turco, que de un mal cristiano o de un escriba. Pues el velo de Moisés se lo impide<sup>19</sup>, es decir, la letra de la Escritura, que mata, y que ellos reciben como si fuera vida y Espíritu que proporciona vida. Yo soy de la completa opinión de que el Espíritu del Señor no está así, simplemente, entre las tapas de la Escritura. Es decir: no creo que sea tan fácil de entender para cualquiera<sup>20</sup>, creo, más bien, que está encerrado bajo siete sellos y sólo puede conocerlo el corderillo<sup>21</sup>. Pues Dios oculta de tal manera su sabiduría bajo el velo de las semejanzas y las parábolas de las letras, que sólo aquellos instruidos por el propio Dios pueden entenderla. Y no devela sus secretos con tanta facilidad al mundo y a cualquier bribón, sino que la oculta entre las tapas, de modo que sólo pueden captarla aquellos que han sido instruidos por Dios, como ya he dicho.

Una vez más, buenas noches, hermano mío, y no permitas que esta carta llegue a los perros y cerdos, no sea que me depares una prematura cruz y hagas de mí cosecha prematura. Porque muchos se conducen a sí mismos al cadalso<sup>22</sup>, a causa de su irreflexiva y extemporánea charla. Por otra parte, Cristo prohíbe también que se dé lo

santo a los perros, no sea que se vuelvan contra los dadores y los despedacen (Mt 7: 6). Es preciso hablar con prudencia y donde corresponda. Porque todas las cosas tienen su tiempo. Debemos observar el consejo de Pablo, cuando dice que todo se haga decentemente y con orden (1 Co 14: 40).

### **C) SOBRE CUATRO IGLESIAS EN DISCORDIA, CADA UNA DE LAS CUALES ODIA Y MALDICE A LA OTRA**

Con la música de:

*"Si yo no pudiera resistir al infortunio" <sup>23</sup>*

No pretendo ni quiero ser papista:  
poca es la fe  
en monjes y en frailes.  
A causa del brillo exterior  
su corazón no es puro:  
hacen que la gente se comporte como monos.

Los usos de la Iglesia  
nutren su barriga;  
ella es su Dios:  
yo advierto la blasfemia;  
no dejaré que ellos me embauquen.

No pretendo ni quiero ser luterano:  
es engaño o ilusión  
la libertad que él predica.  
Sólo logra romper la casa de Dios  
y no construye nada.  
Más se confunde al pueblo.

Enseña: "¡Creed! ¡Creed!"  
y con eso hace sorda e inactiva a la gente.  
Hoy es evidente:  
mejora no se advierte.

No quiero ni deseo ser zuingliano:  
tampoco ellos son puros.  
Empiezan con arrepentimiento;  
mejoramiento no logran.  
Su primer camino es  
los ídolos voltear.

No se advierte allí poder divino:  
ellos también están errados.  
Desvarían igual que otras sectas.

Anabaptista yo no quiero ser.  
Pequeña es su base:  
descansa en el bautismo de agua.  
Se apartan de otras sectas,  
porque carecen del don de Dios.  
Andan en una Iglesia aparte.

A causa de lo cual soportan tribulaciones,  
el odio del mundo y la muerte.  
Por eso, sin burla, están  
más cerca de Dios  
que los otros tres grupos.

De tener a Cristo se ufana toda secta  
se disfrazan con él,  
mas no transitan el camino verdadero.  
A la verdad no se inclinan,  
lo que demuestra,  
que a todas ellas es común el odio a Cristo.

Como Dios y Señor, no lo adoran, no lo honran,  
el camino yerran,  
apenas si distinguen la verdad.

¡Quien al Reino de Dios quiera ir  
huya de ellas!  
Debe buscar a Cristo;  
practicar la humildad y la paciencia.

Buscar el favor de Cristo,  
aceptar que el mundo lo desprecie;  
aunque hostiles le sean los hombres todos,  
y el mundo, para él, sea aflicción,  
por el nombre de Cristo,  
no se ha de desvanecer su corona.

## NOTAS AL TEXTO

<sup>1</sup> La obra se compone de tres "libros": una "Crónica de los papas y asuntos espirituales", una "Crónica de los concilios" y la presente "Crónica de los herejes romanos". La obra entera lleva el título original de *Chronika, Zeitbuch und Geschichtsbibel* (Estrasburgo, Imprenta Beck, 15 de setiembre de 1531).

La frase del título no significa "herejes que eran romanos" sino personas cuyas doctrinas la Iglesia Romana ha condenado. Incluye tanto a los sectarios como a los Padres de la Iglesia, que también sostenían opiniones posteriormente condenadas. Bajo "A" en su lista encontramos a Agustín, Ambrosio, Atanasio, Ario. Se aproximan Martín (Lutero) y Miguel (Sattler). Concluye con una apología muy importante de la libertad religiosa: "Qué y quién es un hereje: si es conforme a derecho que el hereje sea ejecutado, martirizado o se le aplique pena alguna...". El material de la crónica misma es una serie de relatos de segunda mano, por lo tanto es en los epílogos donde encontramos el propósito del autor. (Versión moderna de Fast, pág. 233 y ss).

<sup>2</sup> No pudimos identificar "aquel filósofo"; pero expresa muy típicamente el estilo de los estoicos. En esa época se publicaron nuevas traducciones de Epicteto, Séneca y Marco Aurelio. La última obra de Franck fue una antología de proverbios y adagios. Allí encontramos (conforme a la segunda edición, 1560, pág. 43) la siguiente cita de Alberto Magno: "*regiam est benetacere et malam audire*" ("es propio de los reyes hacer el bien y oír hablar mal de ellos"). Sin embargo, falta la parte más característica de lo que cita Franck en el presente texto. (Debo esta referencia al señor Nelson Springer, curador de la Biblioteca Histórica Menonita de Goshen, Ind., EE.UU.).

<sup>3</sup> Parecería que la fecha respectiva fuera aquella en que (según las fuentes accesibles a Franck) la condenación fue pronunciada por un concilio. La fecha de 1530 significaría la Dieta de Augsburgo. Sin embargo no se trata en este caso de un acto eclesiástico; tampoco condenó a los tres.

<sup>4</sup> Mt 25: 29 ss. Las palabras de Jesús están dirigidas a los escribas y fariseos, no a los judíos en general.

<sup>5</sup> Los líderes originales del anabaptismo ya habían muerto: en 1526 (Grebel) o en 1527 (Mantz, Hut, Sattler y Denck). Los más afortunados fueron quemados en 1528 (Hubmaier) o 1529 (Blaurock). Marbeck, a quien Franck tiene que haber conocido en Estrasburgo, ya representaba la segunda generación.

<sup>6</sup> Mt 7: 6.

<sup>7</sup> La división que hace la ley judía entre bestias puras e impuras se entiende figuradamente como refiriéndose a aquellos que por falta de fe y por abandono espiritual no pueden penetrar la verdad revelada (Mt 13: 10ss). Melchior Hofmann, que estuvo en Estrasburgo en 1529-1530, utilizó la misma imagen.

<sup>8</sup> La letra "N" (nombre) se utilizaba en cartas abiertas destinadas a la publicación, sin pretender anonimidad. Johannes Campanus, reformador de tendencia zungliana en el ducado de Jülich (nordeste de Alemania), sin ser anabaptista, tuvo cierta influencia en la radicalización de la reforma en Múnster, antes de la llegada de los münsteritas.

<sup>9</sup> Probable referencia al tratado *De septem ordinibus ecclesiae* del pseudo Jerónimo. Nótese que —según éste— la fecha de la pérdida de autenticidad de la Iglesia Primitiva ocurrió desde la segunda generación. Los anabaptistas, por su parte, culparon principalmente a Constantino, y los reformadores a los papas de los siglos VI al VIII.

<sup>10</sup> Franck anticipa el problema que va a desalentar a Obbe Philips: "¿En qué consiste la certidumbre del llamamiento del reformador?" El espiritualismo de Franck tiene dos niveles. En un nivel parece admitir el concepto de orden visible, legítimo, posible, pero que no existe por culpa de la infidelidad. En el segundo nivel, parece rechazar aun el concepto de un orden visible. En un nivel una "reforma" visible sería de desear pero no se realizará; en el otro nivel no sería deseable. Aquí admite el concepto de un llamamiento especial, pero niega que los reformadores (o los anabaptistas) lo hayan recibido.

<sup>11</sup> A pesar de no ser anabaptista, Franck comparte con ellos sus conceptos éticos. Tanto en sus presupuestos formales (la prioridad del Nuevo Testamento) como en los detalles (guerra, juramento, diezmos).

<sup>12</sup> "De allí", es decir: de la confianza en los Testamentos.

<sup>13</sup> "Los hermanos", es decir: los creyentes genuinos.

<sup>14</sup> Mt 12: 30.

<sup>15</sup> Otra vez observamos aquí el concepto de una hipotética forma visible y legítima.

<sup>16</sup> Juan 10: 8.

<sup>17</sup> Hans Wunderl o Bänderlin, austríaco, probablemente bautizado en Augsburg con su amigo Juan Denck, huésped de los anabaptistas de Estrasburgo en 1528-29. Escribió folletos acerca de la encarnación y se opuso a la restauración de los sacramentos dado que "el Anticristo había arruinado a la Iglesia al final de la época apostólica".

<sup>18</sup> Miguel Servet.

<sup>19</sup> 2 Co 3: 14.

<sup>20</sup> Se refiere a la doctrina protestante de la "perspicuidad" de las Escrituras: es decir de su claridad para cualquier lector.

<sup>21</sup> Ap 5: 1-6.

<sup>22</sup> Los anabaptistas, lejos de alabar a los mártires, los consideraban como faltos de reflexión y prudencia.

<sup>23</sup> Canción popular. Hemos traducido literalmente, sin tratar de reproducir el ritmo ni la rima.